



Cientos de jóvenes en rebelión pueden debilitar hasta a las multitudes más convencidas; cuando salen del letargo, pocas cosas los hacen volver al silencio.



GABRIELA WARKENTIN
@warkentin

Y tomaron las calles

Quién iba a decir que los estudiantes serían la voz disruptiva y disidente en este frenético septiembre de una transición que se presumía tersa.

O que quería ser tersa.

Quién iba a decir que estos jóvenes, a los que la oposición descalificó por no sumarse “al voto útil para desterrar la tentación dictatorial del oficialismo”, estarían hoy arrinconando al Poder Legislativo para exigir diálogo, diálogo, diálogo. Y evidenciando, de paso, a la oposición que nunca logró salir del ombligo del lamento y al oficialismo que sigue chapoteando en los exabruptos de sus propios triunfos.

[3 de septiembre de 2024: estudiantes de universidades públicas y privadas exigen ser escuchados por legisladores que aprobarán la reforma al Poder Judicial que transformará radicalmente al sistema de justicia y al Estado de Derecho que conocemos].

Lo sé. Me dirán que se trata solo de unos jóvenes que protestan por la inminente reforma al Poder Judicial y

que no representan nada en comparación con los millones que votaron por Morena para cumplir el mandato de López Obrador de transformarlo todo. Tienen razón. Desde lo numérico, un aglomerado de cientos de estudiantes no se compara con los que sufragaron a favor de seguir en la reconstrucción de la Nación en atención a la narrativa de Palacio Nacional. Pero, los que saben de las dinámicas de protesta social, entienden bien que un puñado de cientos de jóvenes en rebelión puede debilitar hasta a las multitudes más convencidas, más inspiradas, más convocadas. Suena a cliché, pero no deja de ser realidad: cuando los jóvenes salen del letargo, pocas cosas los hacen volver al silencio. Y unos cuantos que se atreven a discutirlo todo son más poderosos que los muchos que se terminan acomodando a tanto.

Hay que reconocer, claro, las protestas y la suspensión de labores del personal que trabaja en el Poder Judicial. Mientras escribo esto, el pleno de la Suprema Corte se fue a paro para so-

lidarizarse con los que levantan la voz en defensa de sus derechos laborales y de su existencia misma. Solo que pocos se imaginaban que, además, llegarían los y las estudiantes.

Se les tildó de tibios, de acomodaticios. Se les exigió que se movilizaran, que salieran a votar, que se decantaran por la “opción válida” para derrotar a Morena. Luego los regañaron porque, decían, no estuvieron a la altura. Lamentaron que votaran por una tercera opción, les parecía un desperdicio de sufragio. O lamentaron que no votaran. Desde el oficialismo nunca hubo necesidad estratégica de convencer a los que estaban desencantados. Para las urnas les servían los votos que ya tenían. Y les sirvieron. Todo parecía dormir el sueño del estado de las cosas hasta que, parafraseando al clásico, cuando despertaron... los estudiantes seguían ahí.

Claudia Sheinbaum sabe lo que significan los movimientos estudiantiles. Ella viene de ahí. Ella sabe bien que unos pocos pueden descarrilar la utopía de unos muchos o que unos po-

cos pueden resignificar la utopía de los muchos para los más.

Sucedirá lo previsible, porque este Legislativo está para apapachar a este Ejecutivo y este Judicial apenas logra oponerse a estos Ejecutivo y Legislativo. En unos días se habrá aprobado la reforma al Poder Judicial. Sonreirá López Obrador. Sonreirán los oficialistas que le cumplieron al líder. Se arrinconarán los opositores que nunca supieron romper el cerco narrativo. Y sí, mientras todos sonríen o se arrinconan... los estudiantes seguirán ahí.

Hace días conversaba en clase con mis alumnos. Hablábamos de los 10 años que ya casi se cumplen de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. Mis alumnos tenían entonces entre 9 y 11 años de edad y no saben casi nada de lo sucedido ese 26 de septiembre de 2014. Les conté, traté de explicar. Y cuando les pedí que me dijeran qué los conectaba con esa tragedia, me dijeron “que ellos, como nosotros, somos o eran estudiantes”.

El oficialismo impondrá la voluntad de López Obrador. Tienen los votos. Pero también, en estos días, esos estudiantes que hoy protestan nos recordarán que otro México es posible y que otra dignidad es imaginable. Falta ver si la Presidenta electa tiene alguna simpatía por estos jóvenes que ya tomaron las calles. O si solo los mirará como daño colateral en “la lucha contra el neoliberalismo”.

Tiempos de definiciones.